

INSTITUCION SALESIANA
Inspectoría “San Francisco de Sales”
Colegio Vilfrid Baron de los Santos Angeles
Av. de Mayo 2000 — Ramos Mejía
Buenos Aires — ARGENTINA



† Rdo. P. Rosalío Rey Garrido

Nació el 4 de setiembre de 1900 en Real de San Vicente, Toledo (España); falleció en Ramos Mejía, Buenos Aires (Argentina), el 18 de agosto de 1971; tenía 51 años de profesión religiosa y 41 de sacerdocio.

Queridos Hermanos:

Por segunda vez en este año nos toca esbozar los rasgos principales de la vida de un salesiano de la comunidad. Se trata del *Rdo. P. Rosalío Rey Garrido*, llegado a Ramos Mejía en 1953 y fallecido el 18 de agosto último a las 8.30, después de una agonía lenta y dolorosa.

Su gragejo muy español (había nacido en España, Real de San Vicente, Toledo, hace 71 años), su alegría comunicativa, su comicidad, junto a un carácter fuerte de reacciones rápidas, pero con un lugar muy grande para la bondad, fueron los inseparables compañeros de vida, desde los primeros años de salesiano en Rosario, Tucumán, Del Valle, Pío IX, Bernal y Ensenada.

Allí estaba cuando el 2 de febrero de 1930 el Nuncio Apostólico Mons. Cortesi le impuso las manos haciéndolo sacerdote de Cristo para siempre. Desde entonces, fuera del año 1938 en el que trabajó como catequista de la Escuela Agrícola de Gral. Pirán, desempeñó sus tareas apostólicas en tres casas que fueron constantemente el centro de su cariño y sus recuerdos: el Oratorio Don Bosco de Mar del Plata, la Basílica de María Auxiliadora y San Carlos y esta Casa de Ramos Mejía que le ha dado el último adiós.

Mar del Plata fue para la vida sacerdotal y salesiana del P. Rey una experiencia inolvidable e intensa. Estuvo por vez primera como maestro y asistente en 1933. Por aquel entonces existía sólo el Oratorio, y la multiplicidad de sus dotes personales le permitió desarrollar con éxito la actividad catequística en la que estaba empeñado a fondo. Sus clases nunca fueron un modelo de disciplina, pero ¿quién se perdía la catequesis dominical? Con soltura de artista nato y predicador penetrante captaba la atención y la simpatía de un público de cualquier edad. La nota sobresaliente fue su dedicación al confesonario y a la atención de enfermos. En 1937 participó en la fundación del Colegio que hasta entonces había sido oratorio exclusivamente; pero su entusiasmo se volcaba preferentemente entre los oratorianos. En su segunda estadía marplatense, entre 1939 y 1942, se ocupará de la dirección del Oratorio Festivo. Se nota en él la huella clara, la influencia viva del P. David Ortega, fundador de la obra, con quien compartió los momentos más intensos de su actividad sacerdotal. El "P. Orteguita", como lo llamaban afectuosamente, descubrió en este sacerdote joven y ardoroso a unos de los colaboradores de mayor valor. El P. Rey fue su brazo derecho. Toda la vida recordará las lecciones ricas de vida salesiana del maestro. En 1963 escribió una semblanza del P. Ortega: era la síntesis, el compendio de su agradecimiento y su recuerdo.

En 1943 lo encontramos como teniente cura de la Basílica de María Auxiliadora y San Carlos. Este centro salesiano de piedad mariana ahondó su amor a la Virgen, candoroso, casi ingenuo, como los cantos que entonaba en sus últimos días. La

catequesis se convirtió en la principal actividad, esforzándose por llegar no solamente a niños y jóvenes, sino a los adultos de cualquier condición, y especialmente a los enfermos. Las lecturas de ascética se multiplican; su experiencia se enriquece y ordena, siempre con un halo de bondad y alegría; la predicación es atrayente, desbordando simpatía y amenidad.

Disfunciones cardíacas lo obligan a cortar esta actividad. Y viene a Ramos Mejía en donde había estado ya como novel sacerdote en 1931 y 1932. Su retiro no fue inactividad. Con admirable tenacidad, que conservó hasta los últimos momentos, comenzó aquí desde 1953 una labor más callada pero no menos intensa, especialmente en el ministerio de las confesiones. Varias comunidades religiosas lo recuerdan con cariño, y sobre todo la colectividad española de la zona que encontró en él al fundador de la Asociación de devotos de la Virgen del Pilar. Asesoró también por muchos años a los hombres de la Compañía de San José de esta Parroquia, de la que era teniente cura. Mons. Miguel Raspanti, Obispo de Morón y compañero de noviciado, lo nombró visitador de las religiosas de la diócesis, tarea que asumió con verdadero empeño.

Tampoco quedó ocioso intelectualmente. Ensayó sus dotes de narrador en "Anécdotas y reflexiones morales", que tenía preparadas para el año mariano 1954; es el fruto evidente de su interés catequístico. Entre 1960 y 1968 compiló "Sermones y conferencias" que no llegaron a la imprenta, lo mismo que la vida del P. David Ortega, pero que demuestran su afán de ser constantemente útil a la Iglesia y a la Congregación.

Operado de parkinson en 1965, sintió por un par de años una notable mejoría. Pero el mal siguió su curso, aunque el P. Rey se cuidaba esmeradamente obedeciendo las indicaciones de los médicos. Desde diciembre último advertimos un declaimiento irreversible. Llegó el momento de ceder; había resistido hasta el fin sin darse por vencido a la enfermedad, haciendo ejercicio con las manos, tratando de dar algunos pasos. Lo atendieron con cariño sus parientes, los salesianos de la Casa y particularmente las Hermanas Mercedarias de la Asociación Española de Socorros Mutuos, para las que cualquier palabra de agradecimiento es poco.

Más allá de las ingratas horas de su agonía penosa, nos queda el recuerdo de ese sacerdote de baja estatura, robusto, con una sonrisa siempre fresca en los labios que, saludando a uno y otro, camina y camina por los amplios pórticos del Colegio; nos queda este recuerdo, porque nos queda esperanza.

Pidamos por él y pidamos por quienes ocuparán su lugar anunciando la salvación del Reino de Dios.

Pbro. Wenceslao H. Maldonado y Comunidad.

Ramos Mejía, noviembre de 1971.

